

# LA BIBLIOTECA INTERIOR

## EXPERIENCIAS Y REPRESENTACIONES DE LA LECTURA EN LAS AUTOBIOGRAFÍAS, MEMORIAS Y DIARIOS DEL SIGLO DE ORO\*

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ  
*Universidad de Alcalá*

*Un día leí un libro y toda mi vida cambió. Ya desde las primeras páginas sentí de tal manera la fuerza del libro que creí que mi cuerpo se distanciaba de la mesa y de la silla en la que estaba sentado. Pero, a pesar de tener la sensación de que mi cuerpo se alejaba de mí, era como si más que nunca estuviera ante la mesa y en la silla con todo mi cuerpo y todo lo que era mío y el influjo del libro no sólo se mostrara en mi espíritu sino en todo lo que me hacía ser yo.*

PAMUK 2002, 11.

### AUTOBIOGRAFÍA Y LECTURA

d E LAS diversas maneras en las que se puede afrontar la reconstrucción histórica de las prácticas de la lectura, una de ellas es la que trata de hacerlo a partir del estatuto dado a los libros y al acto de

\* Este texto se inscribe en el ámbito de las investigaciones abiertas al hilo del proyecto *Las escrituras de la gente común. Usos, prácticas y modelos de conservación*, financiado por el Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Alcalá (UAH 2002/008). Para la versión final me han sido muy útiles las observaciones y sugerencias del profesor Roger Chartier, sobre todo en lo relativo a los modelos o arquetipos de lectura que se transparentan en las autobiografías. Como siempre, mi agradecimiento por el interés con que atiende mis trabajos.

leer en los escritos autobiográficos. Si estos entrañan una cierta construcción de la vida por el sujeto que los escribe, se trataría de ver la dimensión conferida a los momentos asociados a la lectura, las situaciones en las que los autobiógrafos evocan los libros y el tiempo de leerlos, las modalidades de apropiación o los gestos que comparecen en cada acto de lectura. Es esta, en suma, una posibilidad de aproximarnos a la historia de la lectura a través de la significación que adquiere en la vida según se narra y representa en cada obra de matriz autobiográfica. Ni que decir tiene que en el entramado de estos textos aflora siempre una escritura que mezcla y agita aquello que pudo «realmente» haber sucedido y el modo en que el sujeto lo percibe o lo recuerda a la hora de escribirlo. A su vez, el propósito de cada autobiografía, la razón por la que se pergeña, influye en la relación que se establece entre lo recordado y lo olvidado, al igual que en la trascendencia o no atribuida a ciertos hechos, comportamientos y actitudes. El texto autobiográfico expone así un juego de miradas acorde con la naturaleza del escrito y con la voluntad de la persona autobiógrafa.

En el caso de la alta Edad Moderna, además, es importante insistir en la indefinición del género autobiográfico o, si se prefiere, en la pluralidad de escritos que se pueden integrar bajo tal categoría. Procede traer a colación que la escritura autobiográfica de aquellos siglos puede admitir desde textos que, como los «discursos de vida», responden a un objetivo claro de recordar, ordenar y conservar las vivencias personales a través de la escritura; hasta otros que se distancian del sujeto y se muestran más interesados en la crónica de época, en el relato de los sucesos ocurridos en el tiempo vivido<sup>1</sup>. Tratando más específicamente de la autobiografía popular, pero con referencia ampliada a todo el campo, James Amelang ha señalado la improcedencia de las definiciones estrechas al tiempo que ha planteado la conveniencia de considerar dentro de dicha denominación, entre otros, a los diarios, los libros de familia, las autobiografías y diarios espirituales, las crónicas personales y, desde luego, las autobiografías propiamente dichas<sup>2</sup>. Esta distinta manera de asomarse a la vida propia es, sin duda, uno de los factores que ayudan a entender la desigual presencia de la lectura en tales experiencias de escritura. Así en los textos de orientación más estrictamente personal no es del todo raro toparnos con

1. Véase sobre el particular los estudios de AMELANG; CASTILLO GÓMEZ 1998, 347-355 & 2001, 821-829; CHARTIER 1996; ESCARTÍ; LIECHTENHAN 1993; y SIMÓN I TARRES recogidos en la bibliografía final.

2. AMELANG 1993 & 1999, 135-136 & 2003 [1998], 17-42.

alusiones al aprendizaje de las primeras letras ni con menciones librescas, que, sin embargo, son más extrañas cuando se trata de escritos preferentemente cronísticos. De todos modos, unos y otros quedan muy lejos del protagonismo que los libros y la lectura desempeñan en las autobiografías de escritores, donde, como se ha dicho, «el encuentro del yo con el libro es esencial»<sup>3</sup>.

Retomando, pues, la propuesta anticipada por otras investigaciones inspiradoras de ésta, centradas sobre todo en los testimonios autobiográficos de las épocas moderna y contemporánea (en particular: Amelang, Hébrard, Lyons, Spufford y Vincent), es mi intención tratar de desempolvar algunos de los usos, escenas y funciones de la lectura evocados, narrados o traídos al pelo en los textos de esa índole de los siglos XVI y XVII. Como de costumbre, daré mayor acogida a los que brotaron de caños distintos a aquellos que regaron la más afamada república literaria.

Al comparar, sin más, los escritos autobiográficos de las gentes de letras con los que escribieron otras personas menos afortunadas en ese dominio se aprecia una evidente desigualdad: mientras que los primeros acreditan una práctica de la lectura más o menos habitual, los segundos tan sólo la refieren de manera ocasional. Las autobiografías cultas reflejan, con alguna atención, los libros leídos, la compra o el intercambio de éstos, en fin, apuntes y notas que tienen su correlato en los préstamos, recomendaciones y debates libresco sostenidos a través de fecundos diálogos epistolares. Algo que, sin embargo, no ocurre con el mismo peso y cotidianeidad en las autobiografías de otras personas más comunes y de menor escritofilia.

Es cierto que el silencio de los textos autobiográficos de los artesanos europeos de la Época Moderna en lo que atañe a la formación escolar y a la actividad lectora se puede paliar acudiendo a otras vías indirectas<sup>4</sup>; pero tal planteamiento es de un cariz distinto al que pretendo seguir aquí. El horizonte, esta vez, no está puesto en la recomposición, en todos sus hilos, del paño lector de los autobiógrafos del Siglo de Oro; sino principalmente en interpretar la misión atribuida a los libros y al hecho de leerlos (o usarlos) en el entramado de dichos escritos. Conste asimismo que el punto de mira no se pone tanto en la verosimilitud de las lecturas, fueran reales o inventadas, cuanto en su eventual utilización en la configuración de la personalidad e identidad del autobiógrafo.

3. MOLLOY 1996, 28.

4. AMELANG 2003 [1998], 100.

## LAS PRIMERAS LECTURAS

En aquellos escritos autobiográficos que más relevancia se otorga al papel desempeñado por los libros y la lectura, ésta aparece inicialmente al hilo de la adquisición de las primeras letras, ya sea como parte de un aprendizaje escolar o bien en el seno de la familia. Esta circunstancia se puede constatar en buena parte de las autobiografías espirituales o por mandato escritas al aliento del *Libro de la vida* de Teresa de Jesús, máxime tras su impresión salmantina en 1588 por iniciativa de fray Luis de León<sup>5</sup>. María de Cristo, fundadora de una comunidad de beguinas en su casa extremeña de La Parra, rememora ese momento en términos muy próximos al conocido pasaje teresiano: «fue me criando mi madre con mucha educación enseñándome la doctrina christiana con su esplicación i a leer, con que a los siete años de mi edad enseñaba io a leer i a rreçar a los niños que andaban por allí tiniendo en ello particular gusto»<sup>6</sup>.

En el caso de las monjas autobiógrafas es muy común que dicha enseñanza se reciba directamente de la madre o de la mujer, a menudo de la familia, que estaba encargada de su educación durante la niñez<sup>7</sup>. La progenitora instruyó, entre otras, a Teresa de Jesús, María de Cristo y Estefanía de la Encarnación. Ésta empezó a leer a la edad de cinco años guiada por la madre, «aunque tenía maestro», como se encarga de precisar: «Púsome a leer ella misma, aunque tenía maestro, y procuró (como quien en todo solicitava mi vien) aprendiesse en buenos libros para que con las primeras letras aprendiesse de camino Doctrina»<sup>8</sup>. También está la que llegó al convento siendo pequeña y recibió allí la primera instrucción, caso de Mariana de San José, quien ingresó como seglar en el monasterio de agustinas de Ciudad Rodrigo a los ocho años, tras quedarse huérfana:

Después que yo fui, como era la más chica, parecían mostrarme más amor. Comenzaron a enseñarme a leer, y yo a gustar de aprenderlo, que con

5. Sobre la popularidad de esta obra y su influencia en el desarrollo de las autobiografías espirituales, HERPOEL 1999, 32-39.

6. *Vida de la venerable María de Cristo*, ms. autógrafo. Biblioteca Nacional, Madrid (BNM), ms. 3647, fol. 2r.

7. SPUFFORD 1979 insiste también en este papel de la madre en las primeras etapas de la alfabetización a propósito de las autobiografías de gente común en la Inglaterra del siglo XVII.

8. *Vida de soror Estephania de la Encarnación, monja proffesa en el monasterio de religiosas franciscas de Nuestra Madre Santa Clara en este villa de Lerma, año de 1631*. BNM, ms. 7459, fol. 10r.

los cuidados de mis galas, no lo había querido tener desto en casa de mi padre: como fui leyendo, me comencé a aficionar a buenos libros, y a tratar de cosas de espíritu, y con la buena compañía obraba el Señor lo que otras veces había comenzado, y ojalá acabara aquí, o por lo menos no fueran mayores las ofensas que después cometí contra su Divina bondad<sup>9</sup>.

No sólo son las monjas, también el soldado Diego Suárez recuerda, en su *Discurso verdadero de la naturaleza, peregrinación, vida y partes*, que de niño, cuando vivía en los montes de Asturias, «deprendí a leer y escribir»<sup>10</sup>. Otro tanto es lo que Luis de Carvajal «el Mozo», nacido en Benavente hacia 1567 y muerto en México en 1596, apunta al comienzo de sus *Memorias*, que «nació en Benavente, villa de la Europa, en donde se crió hasta edad de doze años o treze, y comenzó a deprender los rudimentos o principios de la trinidad con un pariente; acabó después de estudiarla en Medina del Campo»<sup>11</sup>.

A menudo este primer contacto con las letras se acompaña de otras experiencias posteriores durante la infancia y la pubertad. Ana de Jesús expone en su *Vida* que a la edad de cinco años «hera mucho lo que leía» y algo más mayorcita, cuanto contaba doce, solía «gastar» las siestas en oraciones y en leer<sup>12</sup>. Estefanía de la Encarnación, amén de aprender a la misma edad, se retrata entre los trece y dieciséis años «ocupada en leer buenos libros, inclinada al recogimiento»<sup>13</sup>. En fin, la niña Teresa de Cepeda y Adán solía pasar buenos ratos leyendo en compañía de un hermano casi de su misma edad:

Tenía uno casi de mi edad; juntábamos entramos a leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí;

9. [*Autobiografía de Mariana de San José*]. Archivo del Real Convento de la Encarnación, Madrid, legajo 71. Cfr. POUTRIN 1995, 355.

10. *Discurso verdadero de la naturaleza, peregrinación, vida y partes del autor de la presente historia*, en MOREL-FATIO 1901, 146.

11. *Memorias de Luis de Carvajal*, en *Procesos* 1935, 463. No en el texto de las *Memorias* pero sí en el «discurso de su vida», relatado ante los jueces del Santo Oficio en México, el reo confiesa «que nació en la dicha villa de Benavente, donde se crió en casa de sus padres, aprendiendo a leer y escribir y contar hasta edad de once años que vinieron a vivir a Medina del Campo, con su casa y hijos. Y allí, en la Compañía de Ihesús, estuvo tres años estudiando latín y retórica» (pág. 15). Con el objeto de hacer más comprensibles las citas tomadas de esta edición del proceso, sin duda algo insuficiente, he desarrollado las palabras abreviadas, regularizado las mayúsculas y puntuado los textos.

12. *Vida de la venerable Ana de Jesús escrita por ella misma*. BNM, ms. 13493, fols. 4v y 12r.

13. *Vida de soror Estefanía de la Encarnación*, fol. 22v.

como vía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto<sup>14</sup>.

La lectura en el hogar estaba entre las maneras más frecuentes de tomar contacto con la materia libresca, sobre todo entre los niños, y, conforme apuntó Otger Steggink, básicamente «consistía en oraciones y lecturas hechas en voz alta y en común, seguidas de los comentarios de los adultos»<sup>15</sup>. Así puede cotejarse en el caso de Teresa de Ávila: «Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romances para que leyesen sus hijos. Éstos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis o siete años»<sup>16</sup>; o en el de Ana de San Bartolomé, quien tampoco deja de señalar las veladas familiares de lectura: «como yo oía leer a mi padre y a mis hermanos en la Pasión[n] y vida de Cristo a las hora[s] que estábamos juntos y los niños no tienen otras a[c]tividades sino que son simples, lo que oyen se les queda»<sup>17</sup>.

La casa familiar y el período de la infancia constituyen las coordenadas espacio-temporales que enmarcan las primeras experiencias lectoras de los autobiógrafos áureos más atentos a la remembranza de tal extremo. Por supuesto tampoco falta quien, no pudiendo obtener dicha instrucción siendo niño, lo hizo en un momento posterior. Isabel de Jesús recuerda que en la aldea donde se crió nadie sabía leer, por lo que «nunca oí un libro de devoción» ni pudo aprender entonces la oración mental. Lo haría, no obstante, una vez en el convento merced al conocimiento de otras monjas y a la labor alfabetizadora desarrollada en algunos cenobios femeninos: «Yo no auía tenido en mi vida nueva de lo mucho que se encerraua en la Santa Cruz. Acá me he confirmado en ello, que lo he oído leer en el catecismo a las niñas que aprendían a leer, lo qual me fue de grandísimo consuelo»<sup>18</sup>.

14. TERESA DE JESÚS 1997, 121.

15. STEGGINK, en TERESA DE JESÚS 1986, 16.

16. TERESA DE JESÚS 1997, 119-120.

17. [*Autobiografía*], en SAN BARTOLOMÉ 1981, I, 427. Cf. HERPOEL 1999, 124.

18. IGNACIO 1672, 22.

## HOJAS PARA GOZAR Y LIBROS VACÍOS

Sin abandonar el terreno de las autobiografías espirituales debe reseñarse también lo extraordinario en ellas de las referencias a libros y lecturas en el período conventual, ya fuera en los momentos de vida en común o bien en la soledad de la celda. A este respecto, Ana de Jesús recuerda que, a la hora de la siesta, tenía la costumbre de refugiarse «en una recámara y estando allí postrada, leyendo, me quedé como fuera de mí, como embriagada, vi de entrar muchas donçellas todas bestidas de colorado y berde y en las manos palmas»<sup>19</sup>. La lectura se representa ligada al tránsito místico como la llave que abre la puerta del éxtasis, aunque para ello no hiciera falta ni leer el libro. Por su parte, sor Estefanía de la Encarnación atribuye un papel fundamental a un ejemplar de los *Coloquios de amor* en el desarrollo de sus conversaciones con Cristo y en el desencadenamiento de sus trances extranaturales:

De allí a algún espacio tomé en las manos un libro de *Coloquios de amor* para despertar el juicio mío, y estando leyendo a ratos y considerando a ratos conforme la fuerza del espíritu me prouocaua, entendí: díme, no tienes en mí buen libro. Respondí: señor y qué tal; y recogíendome más de lo que estaua, la fuerça de la inteligencia me fue con luz suaua sin ruydo de palabras mostrando repartido en siete hojas divinamente<sup>20</sup>.

En su autobiografía, al igual que en las de otras religiosas contemporáneas, el libro adquiere un significado alegórico que trasciende el puro acto de la apropiación mediante la lectura. Se configura así un modelo de ésta que podemos calificar de *espiritual* o *místico* cuyo rasgo sería la desmaterialización del libro y la prevalencia de una función eminentemente simbólica que tanto podía excusar la necesidad de entender su contenido como la consistencia física<sup>21</sup>. Un libro, a la postre, tan infinito e inabarcable por inmaterial como podía serlo el «de arena» borgiano, en el que tan imposible resultaba encontrar incluso la primera página porque, sabido es, «siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano»<sup>22</sup>.

La función mágico-simbólica del objeto-libro está implícita en el relato que Estefanía de la Encarnación hizo de la mencionada visión. Interesada

19. *Vida de la venerable Ana de Jesús escrita por ella misma*, fol. 15v.

20. *Vida de soror Estefanía de la Encarnación*, fols. 232v-233r.

21. CERTEAU 1982.

22. BORGES 2001, 133.

en conocer quién podría leer la primera de las siete hojas en las que estaba repartido dicho libro, Cristo le respondió que nadie: «Leer, replicó, nadie, más goçar sí, dándome a entender que era para goçado y no para comprehendido; y también que, aunque comprehendere no se puede, dando luz su eterna luz de inteligencia se puede deçir algo, un rasguño de aquel todo»<sup>23</sup>. La monja continúa relatando cómo esa «luz de inteligencia» recibida en el momento de la aparición divina fue la que le permitió proseguir la «lectura» de las demás «hojas». En otro momento, cuando había cumplido los 30 años de edad, la singular Estefanía, escritora, lectora y también pintora<sup>24</sup>, evoca un suceso que le sobrevino un día de san Juan Bautista, aislada en su celda, mientras tenía en sus manos un Evangeluario del que «tomar probervio». Atribuido del efecto mágico depositado desde antiguo en tantos libros religiosos, más según lo fuera el carácter de la religión y los límites del alfabetismo, fue tomarlo en sus manos y abrirlo para que la Virgen, convocada al conjuro de las letras, se apareciera allí mismo.

En cuanto a la desmaterialización del libro, tan habitual en las escenas místicas, su evidencia más palmaria la reporta Ana de Jesús cuando describe una de sus visiones, aquélla en la que de pronto se vió a sí misma «con un libro grande con muchas ojas», que luego, sin embargo, «no tenía ninguna sino muchas relijiones»:

con un libro grande con muchas ojas y este libro teníalo entre mis brazos rrecostado en mi pecho; y este libro tenía tres sellos y diéronme una llave para que lo abriese más no vi quien me la dio ni oía las palabras salbo que en este sumo bien lo bía todo; y tomé la llave y abrí el libro por el sello del medio que significaba el dentro de Dios y bi en él todas las rrelijiones y eclesiásticos y monjas, de lo qual me izo cargo su magestad como entregándome este libro, que al parecer parecía de muchas ojas más después de abierto no tenía ninguna sino muchas rrelijiones; y no sé cómo ni cómo no me bi otra bes sin tornar a camas, estando allí de rodillas me allé con este libro en las manos abierto, en pie el rrostro acia el mundo y io en pie toda llena de llamas resplandecientes<sup>25</sup>.

23. *Vida de soror Estephanía de la Encarnación*, fol. 233r.

24. «Yo hauía de pintar (según me hauían mandado) la capilla de N. Señora de la Assumpción, aquellos cuadros que ay de la Coronación de N. Señora del Naçimiento y Encarnación» (*Vida de soror Estephanía de la Encarnación*, fol. 84r). Sobre esta faceta, HERPOEL 1999, 62.

25. *Vida de la venerable Ana de Jesús escrita por ella misma*, fol. 201.

El milagro y la lectura, cuando no la escritura, explicitan una página bastante común en el discurso de las autobiografías espirituales del Siglo de Oro. Recuérdesse que la beata madrileña Lucía de Jesús atribuyó su repentina inmersión en el mundo de lo escrito, a la edad de seis años, al milagro que vivió mientras su hermano leía en alta voz un volumen del *Flos sanctorum*:

Olvídaseme de decir que en este mesmo tiempo y edad supe milagrosamente leer y escribir sin que nadie me enseñase [...]. En ocasión que el hermano mayor estaba leyendo en un *Flos Santorum* para que le oyéramos los demás, y de que acabó de leer, dije yo: «Mas, ¿que vuelvo yo a leer lo que mi hermano ha leído?» Rieronse de mí, diciendo que quitase allá, que cómo podía ser aquesto que yo decía. Yo porfié a que me diesen el libro [...], y leí con mucho desenfado lo que había prometido; y en otra cualquier parte de aquel libro o en otro cualquiera. Pero ni por eso me daban crédito, antes me decían lo tenía de cabeza y que hacía que lo leía. Yo, para verificar más esto, le pedía a un vecino que me diese lección, diciéndole que me enseñase [...]. Hízolo a mi petición y viose que yo lo sabía [...]; quedando muy admirado, pero no haciendo de ello misterio milagroso. Debíó de parecerles gracia natural, y a mí también me parecía lo mismo, no discurriendo más<sup>26</sup>.

Y no se olvide tampoco el suceso vivido por Ana de San Agustín cuando aquellos demonios que tanto amenazaban su paz espiritual y tan furibundos enemigos eran «del oficio divino, y de todas las oras dél, la que he visto que ellos más aboreçen y más rauia les da es la de maytines», probaron un buen día su templanza arrebatándole el breviario de sus rezos:

una vez me quitaron el breuiario y no me lo boluieron en ocho días que después de ellos le alló la hermana Francisca de Eliseo, que al presente está en Villa Nueva, puesto en el torno, echo pedaços como mascados, echas pedaços las ojas del ofiçio divino y las que tenían evangelios arrancadas<sup>27</sup>.

En unos casos el libro verbaliza la palabra revelada y sustancia la visión divina experimentada por la monja autobiógrafa, mientras que en otros desata las iras de los ángeles malignos y despierta las pesadillas del alma en trance.

26. *Vida de la venerable Lucía de Jesús, trasladada a la letra de la que ella escribió de su mano, 1658*. Biblioteca del Monasterio de El Escorial, Madrid, ms. Z-IV-13. Cfr. BARBEITO 1992, 149-150.

27. [*Autobiografía de Ana de San Agustín*], copia del siglo XVII. BNM, ms. 6472, fol. 63r.

## RODEADOS DE LIBROS

Otro modelo factible es el que representan los eruditos. Se trata de personas que tienen la lectura como algo habitual y así lo dejan ver, en mayor o menor medida, en sus escritos personales<sup>28</sup>. El estudiante salmantino Gaspar Ramos Ortiz lo hizo bajo la forma escueta y poco luminosa de un simple asiento de gasto, conforme muestran algunos registros de su «libro de razón» de los maravedís que gastó «en esta Universidad de Salamanca, estando en ella estudiando desde postrero de junio de I U DLX y ocho» hasta finales de marzo de 1569. Varias partidas corresponden precisamente a los libros que compró para sus estudios de leyes. Así en julio de 1568 desembolsó 12 maravedís por un volumen de las *Leyes de Toro*, 143 reales por uno de *Derecho civil* y cinco reales y medio «por una *Instituta* pequeña y un Teófilo»; mientras que en febrero de 1569 destinó otros 12 reales y medio al pago de distintos libros: «Me compré unas oras de latín con el *officio* de la Semana Sancta en cinco reales» y «Me compré un tractado de Françisco Balbo sobre las *Prescriptiones* en siete reales y medio»<sup>29</sup>.

Lo que en el «diario» de Gaspar Ramos son sencillos apuntes de los desembolsos efectuados, en el que escribió Girolamo da Sommaia durante su etapa como estudiante en la misma Universidad entre enero de 1603 y julio de 1607 alcanza mayor notoriedad. El texto se halla distribuido en dos volúmenes cuyos respectivos *incipit* perfilan un matiz de distinción entre ambos: el primero es llamado «libellus rationarium» y corresponde, en efecto, a una práctica de escritura en la que se privilegia el registro contable conforme a la estructura y organización típica de los libros de cuentas; el segundo es definido como «libro ad formam Ephimerides seu Diarij» y su contenido combina las notas de ese tipo con otras sin cargo monetario relativas a sus actividades más cotidianas (visitas, lecturas, correspondencias cursadas, sermones escuchados, actos académicos, etc.).

Ambos, con todo, testifican una similar atención a los libros, con elementos suficientes cómo para rastrear muchos senderos de la pasión

28. Sin contar ahora con otros vestigios de tanta voracidad lectora: verbi gracia, los cuadernos de lugares comunes, los cartapacios de notas y traslados, o las listas de libros poseídos o prestados. Sirvan de ejemplo las bien prolijas y detalladas del corrector Juan Vázquez del Mármol (BOUZA 2002) o del genealogista arriacense Francisco de Pie de Concha y Quevedo (MORENO GALLEGO 2002).

29. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES 1999, 36 y 45.

libresca de Girolamo, por más que el texto no sea propiamente una autobiografía. Es cierto que tales anotaciones no siempre facilitan una respuesta a determinadas preguntas sobre la manera de leer o el sentido dado a sus lecturas, aunque también las hay de este tenor. Entre otras, cuando consigna la visita que le hizo en noviembre de 1605 Gil González Dávila, racionero de la Catedral y después cronista de Felipe II, para leerle algunos fragmentos de su *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*, sin duda con el fin de conocer su parecer sobre la obra: «Il Rationero Gil González fua a mi casa di notte a leggere la Historia che ha scritto di Salamanca»<sup>30</sup>.

En su conjunto, el diario de Girolamo ofrece abundantes datos para seguir su trayectoria personal e intelectual en la Salamanca áurea. El modelo que aflora es de un individuo entregado a la lectura, amén de a otros menesteres y diversiones. Capaz tanto de pasar todo un día entre las páginas de la obra *De vita excellentium* de Cornelio Nepote como de ocuparse un mes con las *Vidas paralelas* de Plutarco. Leía de todo o casi y no era extraño, sino común, que tuviera entre manos varias obras al tiempo: «Lessi le uite d'Agide, et Cleomene, et Loas, et la Comedia d'Vrsone et Valentino», «Lessi 4 comedie di Lope de Vega, et alcuni capitoli del Libro della Croce»<sup>31</sup>.

Sus páginas ofrecen una excelente platea desde la que asomarse al mundo del libro en la Salamanca del Seiscientos. Abundan las menciones referentes al mercado librario y a los fondos de las bibliotecas salmantinas. Un día anota, por ejemplo, algunos de los tesoros que guarda en su librería Juan de Fonseca: «Tiene il detto Fonseca una buona libreria in particolare di libri Greci, et d'humanista, una grammatica Arabica stampata in Roma ex biblioteca M, un libricello Etiopico che tiene copiato per inuiare a Scaligero, piu libri italiani»; y otro parte de los ricos fondos que albergaban las bibliotecas universitarias que tanto frecuentaba: «Fui a casa Don Lorenzo Ramirez, Don Iuan de Salas, et nel Collegio di Ouiedo nella Libreria doue ueddi certe Biblie antiche di mano, et Libri di Chiesa con lettere Gothice, il libro della uita di Couarrubias, Quinto Curtio et altri Libri di mano»<sup>32</sup>.

A ello se suma la estrecha conexión que se establece entre las actividades de escribir y leer. Huelga señalar que en el comienzo del segundo tomo Girolamo arranca con unas citas, a modo de epígrafe, sobre la

30. HALEY 1977, 430.

31. *Idem*, 202-203.

32. *Idem*, 488 y 238, respectivamente.

fugacidad del tiempo, extraídas de las epístolas de Séneca a su amigo Lucilio, que precisamente había empezado a leer ese mismo día. Igualmente su pasión por la poesía desembocó en la copia de muchos versos para leerlos, así como en la compilación de una antología de poesía española; por no hablar, claro está, de otros cartapacios contruidos con las notas de lectura, según era práctica habitual entre los lectores eruditos. Girolamo lee para aprender según corresponde a la actividad propia de un estudiante, pero también lo hace para conversar y relacionarse con los demás, y, en suma, por puro solaz<sup>33</sup>.

Más precisa es la experiencia lectora que aflora en las *Memorias* del humanista burgalés Francisco de Enzinas. En realidad el texto corresponde al *Informe sobre la situación en Flandes y la religión de España*, redactado entre los meses de marzo y julio de 1545, a instancias de su maestro Felipe Melanchthon, para ponerle al corriente de la situación de la comunidad reformada en los Países Bajos y de las dificultades que tuvo que afrontar para publicar su traducción castellana del Nuevo Testamento. Tales aspectos connotan las presencias del libro en la obra hasta tal punto que no valen para ultimar el boceto del lector Enzinas, aunque sí para marcar algunos de sus rasgos. En estas *Memorias* las menciones librescas básicamente conciernen a dos asuntos, ambos vinculados al descubrimiento de la Reforma. Se ocupa de los libros, bien sea para constatar el clima de intolerancia católica que se vivía en Lovaina respecto a la comunidad protestante:

Y no sin razón fueron todos presa del pánico: como que la víspera de mi llegada a Lovaina veintiocho vecinos, gente de bien, habían sido arrestados. El procurador general, como le llaman allí, había allanado de improviso sus moradas con gente de armas y toda una cuadrilla de fariseos, que, en un salto coordinado, irrumpieron a las diez de la noche en las casas y registraron los rincones uno por uno por ver si daban con libros sospechosos: tan sólo por eso y sin más indagaciones pueden cortarle la cabeza a personas por los demás piadosas<sup>34</sup>.

O bien para relatar las peripecias y dificultades que hubo de afrontar para dar a la luz el Nuevo Testamento traducido al español, estampado en Amberes en 1543 en el taller de Esteban Mierdmanno, un año después

33. Para los muchos detalles sobre la experiencia estudiantil y lectora de Girolamo me remito más ampliamente a HALEY 1977, 37-87 y a FERNÁNDEZ ÁLVAREZ 1989, 818-847.

34. ENZINAS 1992, 60.

de publicar su traducción del primer catecismo de Calvino<sup>35</sup>. A ese respecto las *Memorias* suministran un caudal de noticias tan rico que no resulta complejo reconstruir los avatares de la obra desde el manuscrito a la tipografía. Enzinas anota las diferentes personas a las que confió el texto y la opinión que le dieron sobre él, las observaciones levantadas al hilo de ciertas palabras o determinadas interpretaciones del texto evangélico, los preparativos de la edición y así sucesivamente, hasta llegar al día mismo de la impresión y a las últimas correcciones introducidas en el título cuando el libro andaba en prensas. Dice entonces que «cuando estaba la primera hoja impresa», le mandó «un ejemplar a un español muy amigo mío, que había favorecido siempre más que los otros la edición de mi Nuevo Testamento». Tratábase de «un hombre serio, de edad proveya, teólogo de profesión, conocedor de las tres lenguas», al que Enzinas «consideraba sin discusión el más sabio de los españoles que conocía». Éste, al leer el título, «quedó sorprendido con la expresión ‘único salvador’», lo mismo que otro fraile anteriormente lo había hecho con la palabra «Alianza». Le pidió que la suprimiera, «pues, si la dejaba, a no dudarlo, pondría en sospechas el libro entero»<sup>36</sup>. Enzinas expuso que no era su intención que se pudiera dudar de la existencia de otro salvador distinto al Hijo de Dios y optó por acatar la recomendación a fin de evitar males mayores:

Para qué más. Tanto me apremió este hombre y tanto me insistieron a su vez muchos otros, que prefería echar a perder aquella hoja reproducida ya en numerosas copias, antes que poner en peligro el libro entero por una sola palabra. Conque se elimina la palabra de la discordia y se vuelve a imprimir la primera hoja a gusto de mis severos censores. Puedes deducir de ahí, maestro, los torcidos criterios de mis paisanos y mi excesiva condescendencia. Pero me decidí por cortar alas a la calumnia y no dar motivo de escándalo en lo más mínimo a los maliciosos, especialmente en esta primera edición<sup>37</sup>.

De todos modos tampoco faltan algunos pasajes en los que Enzinas habla de sus lecturas y expresa sin titubeos su opinión respecto a ciertos libros que le habían recomendado leer mientras traducía el Nuevo Testamento. Lo hace así a propósito de la obra del franciscano Alfonso de Castro, *Acerca de las herejías que han surgido desde que Cristo nació*, cuya primera

35. GILMONT 2002, 121.

36. ENZINAS 1992, 152-153.

37. *Idem*, 153.

edición se publicó en Colonia en 1543, que le había recomendado Pedro de Soto. Enzinas no se muerde la lengua ni cuando sostiene del autor que es un «hombre a todas luces rudo e ignorante» ni a la hora de descalificar el desprecio de Alfonso de Castro hacia las ediciones bíblicas en lenguas vulgares: «no duda el muy descreído y osado en afirmar sin tapujos que la lectura de las Escrituras Sagradas en lengua vulgar es la causa y el origen de donde manan, como de inagotable hontanar, todas las herejías»<sup>38</sup>. De seguido sus apuntes sobre el tema expresan los efectos, incluso anímicos, de aquella lectura:

Como que me puse tan alterado con aquella lectura, que a duras penas pude aguantarme sin rasgar al tiempo que las leía las páginas de aquel loco. Pero mandé el libro a los infiernos como merecía y me puse a leer las Sagradas Escrituras hasta que volviera mi Judas, cuya tardanza empezaba ya a hacerme enfadosa. La espera, por un lado, y la venenosa lectura que me había propuesto, por otro, me hacían sospechar algo malo, si bien en ningún momento fui capaz de barruntar una atrocidad como la que andaba el otro maquinando<sup>39</sup>.

Pero más allá de esos comentarios puntuales, escasean las claves necesarias para trazar el boceto del Enzinas lector. La obra está muy apegada a la fecha, inquietudes y objetivos por los que se escribió, de forma tal que en ella tan sólo asoman algunos hilos de este «hombre de libros» cuyo fervor religioso corría parejo a su afición al «estudio y amor a las buenas letras», y al que siempre se podía ver «alrededor de los impresores y en los centros editoriales de la época»<sup>40</sup>.

Testimonia, no obstante, un conocimiento y práctica libresca ligados al contenido del texto. En Enzinas, como en el resto de los lectores cultos, el libro tiene valor por sí mismo y por lo que contiene. No se disipa para convertirse en algo inmaterial sino que destaca por su consistencia sólida. Representa una gruta de sabiduría, por emplear las palabras con las que lo definió Ricardo de Bury en el siglo XIV<sup>41</sup>, a la que los lectores acuden en busca de conocimiento. De ahí que el modelo erudito se distinga de otros por una relación más constante con los libros, una cierta variedad de las materias leídas y la sociabilidad levantada alrededor de ello, bien

38. ENZINAS 1992, 177-178.

39. *Idem*, 178-179.

40. En palabras de su editor Francisco SOCAS (1992, 14).

41. BURY 2001, 33-34.

probada por epistolarios tan significativos en esos puntos como los de El Pinciano y el citado Enzinas<sup>42</sup>. Entronca, pues, con ese arquetipo del lector omnívoro tan representativo del mundo erudito, donde a la sazón, como escribiera Girolamo Cardano, buen exponente de ello, «comer libros viene a ser provechoso para quienes en la ciencia buscan su sustento»<sup>43</sup>.

## LOS LECTORES COMUNES

Prosiguiendo este caminar por las presencias de la lectura en las autobiografías del Siglo de Oro me detendré ahora en otra estación: la de los autobiógrafos comunes. Diré antes de seguir que incluyo en dicha categoría a un variado grupo de gentes –comerciantes y artesanos, unos más humildes y otros mejor situados, capitanes y soldados, con alcurnia o sin ella, e incluso determinados clérigos– cuya producción autobiográfica dista mucho tanto de las vidas espirituales como de los diarios y memorias de eruditos.

En el caso de los soldados, el eje del discurso está puesto en el heroísmo, dado que el principal cometido de sus escritos de vida es la exposición y argumentación de los méritos cosechados cual si se tratara de una hoja de servicios con vistas al ascenso en la carrera militar. En consecuencia cuanto no sean aventuras, fortunas, adversidades y pependencias adquiere una significación residual, como sucede, en términos generales, con todo lo que concierne a los libros y a la lectura. Respecto al repertorio autobiográfico de los artesanos debe notarse que los mismos adoptan por lo común un registro variopinto cuya formalidad textual se sitúa en ese campo heterogéneo sembrado: de un lado, por los libros de cuentas, libros de familia o libros de memoria<sup>44</sup>; y de otro, por aquellos productos más cercanos al recuento de efemérides, anales, crónicas o cronicones, es decir, cuanto podría englobarse dentro de la literatura memorialística: «un gènere complex, divers, no fàcil de definir, però sempre interessant i capaç de fornir-nos d'una sèrie de dades molt profitoses sobre els més diversos aspectes de la realitat quotidiana de les èpoques passades»<sup>45</sup>.

42. SIGNES CODOÑER, CODOÑER MERINO & DOMINGO MALVADI 2001; y ENZINAS 1995, respectivamente.

43. Girolamo CARDANO, *Libro de los sueños*, I, 51. Lo tomo de SOCAS 2002, 9.

44. TORRES SANS 2000.

45. ESCARTÍ 1998, 13.

En ese paisaje es casi normal que los libros y las lecturas comparezcan de una forma casi tangencial que nada tiene que ver ni con la exaltación simbólica de la espiritualidad mística ni con el infatigable leer de los estudiosos. A menudo lo hacen cuando se rememora la escena del aprendizaje, cuando se adquieren las primeras letras; y puede ocurrir que luego apenas sí se mencionen o se haga en momentos y situaciones muy puntuales, a veces sin mayores aclaraciones. Significativo pero algo huero es, por ejemplo, el «Prólogo al lector» que el menestral Josep Agramunt puso al comienzo de la segunda parte de su dietario para señalar la diferencia entre la misma, basada en lo que «yo he visto y soy testigo de ello», y la primera, de carácter más histórico, elaborada con las noticias sacadas de «libros mui antiguos y verdaderos»:

Todas las cosas antiguas que yo he procurado recoger, me ha parecido ponerlas al principio de este libro, antes de tratar las cosas particulares que en nuestros tiempos han sucedido en esta ciudad de Valencia. Todas estas antiguas hasta donde dice: «Aquí comienzan las cosas sucedidas en la ciudad de Valencia de nuestros tiempos», son antiguas, que yo no las he visto, pero las he sacado de libros mui antiguos y verdaderos. Pero de allí adelante, comenzando por el año 1663, son cosas que yo he visto y soy testigo de ello. Y no he escrito cosa ninguna en este libro que primero no me haya informado de personas mui verdaderas y que supiesen la verdad del caso<sup>46</sup>.

Por el contrario es más frecuente distinguir los vestigios de la lectura en la argamasa del texto, en la construcción del discurso, en la manera de organizar el relato o en las inferencias intratextuales que sirven al que escribe para tejer el tapiz su memoria, sea ésta de naturaleza personal o más centrada en el acontecer colectivo.

Valga notar, en este sentido, que algunos capítulos del *Comentario del desengañado de sí mismo*, de Diego Duque de Estrada, parecen parcialmente inspirados en la literatura de viajes; del mismo modo que los romances de cautivos afloran entre las líneas del capitán Domingo de Toral y Valdés, y Diego Galán plagia páginas enteras del *Guzmán de Alfarache*<sup>47</sup>. Por otro lado,

46. Archivo del Real Convento de Predicadores de Valencia, ms. 49, pág. 272. Véase en ESCARTÍ 1990, 124-125. Apelación al lector, ésta de Agramonte, que también se puede rastrear en otras memorias, como las de Miquel Parets, y que deja ver el emplazamiento de parte de estos textos a caballo entre lo estrictamente privado y lo público. *Cfr.* al respecto ESCARTÍ 1994-1995 & 1995, 67; y CASTILLO GÓMEZ 2001, 821-829.

47. CASSOL 2000, 30-33, donde se puede ampliar con otras referencias.

el análisis del lenguaje, orden y claves narrativas de la autobiografía de Toral y Valdés revela asimismo el conocimiento que debía tener de la producción historiográfica de su época, y, en particular, del modelo de Tácito, como también cabe pensar que hubiera leído algunas obras de cosmografía y geometría dada la precisión con la que describe la situación de ciertos lugares o el desarrollo de algunos episodios meteorológicos; por no mencionar el nexo entre determinados pasajes del texto y los sermones barrocos<sup>48</sup>.

Un repaso a la diversidad de tales ecos permite atisbar el índice de aquellas lecturas constatando que, en el caso de los soldados áureos, la nómina estaba integrada por los libros de contenido histórico y militar, los relatos de caballerías, la picaresca, el romancero, la poesía heróico-patriótica y amorosa, las obras devocionales, los relatos de viaje, los manuales de geografía y astronomía, textos jurídico-administrativos, las vidas de otros soldados, el teatro y las misceláneas humanísticas<sup>49</sup>.

El soldado Diego Suárez, nacido de padres nobles, señala en el «Prólogo al benévolo lector» de su *Historia del Maestre* que, «juntamente con el cotidiano trabajo y ejercicio de las armas, interpolé siempre el de las letras, leyendo libros y borrando (emborronando papel)»<sup>50</sup>. Vuelve sobre ello unas páginas más adelante, en el primer capítulo, donde se ocupa «de cómo se movió el auctor a escribir esta historia y su verificación». Dice ahí que espera y solicita amparo y defensa «de las venenosas lenguas de los apasionados aduladores», desdeñosos de los libros verdaderos y aficionados a gastar el tiempo en «marañas patrañeras», como, según él, las que contienen obras del tipo «*Olivante de Laura, El Caballero del Febo, El Caballero de la Cruz, Don Quijote de la Mancha*, y otros semexantes libros, de que no se saca fruto de buenos exemplos para imitar lo bueno y huir de lo malo». ¿Los había leído o no hizo más que reproducir el conocido discurso contrario a los relatos caballerescos? Más bien cabe pensar que fuera lo primero dado el tono y reiteración de la diatriba. Unas palabras más adelante retorna al tema para descargar su ira hacia quienes no «alcanzan [a entender] que es muy mayor trabaxo y peligro imprimir y hacer una historia de cosas verificadas de la guerra, estando a la cara testigo della, que forjar y componer otra de mentiras afeitadas, con estilo y color de verdad, como hay muchas»<sup>51</sup>.

48. CASSOL 2000, 152-154.

49. *Idem*, 25-36.

50. Diego SUÁREZ, *Historia del Maestre último que fue de Montesa y de su hermano Don Felipe de Borja*, ed. F. Guillén Robles, Madrid: Imprenta de Manuel Tello, 1889, I, pág. LI.

51. *Idem*, 8.

Jerónimo de Pasamonte, por su lado, menciona alguna ocasión en que se encontraba en el madrileño prado de san Jerónimo cantando unos versos del *Orlando furioso* de Ariosto:

Contaré un caso que parece milagroso: un domingo a la tarde, estando en el Prado de San Jerónimo recostado sobre unas hierbas, junto a la fuente del caño dorado que llaman (y de verdad que en aquella iglesia y monasterio aquel domingo me había confesado y comulgado), digo que, estando acostado y cantando unos versos del Ariosto, tan al propósito [...]52.

Y Domingo Toral y Valdés, aunque no refiere expresamente lo que lee, algo debió absorber de las personas con las que trató: como ese rabino de Alepo, de quien recuerda que «era muy entendido, muy dado a toda humanidad, así de historias como de poesía»; que «tenía muchos libros de comedias de Lope de Vega y de historias»; y que pasaba con él buenos ratos disfrutando de su conversación:

y en topándome solía hablar conmigo en esto algunas veces. [...] era tan sabio en la lengua castellana, que en abundancia de vocablos y en estilo y lenguaje podía enseñar a muchos muy presumidos, repitiendo a cada paso muchos versos de los insignes poetas de España, como Góngora y Villamediana y otros53.

Entre los artesanos, el canon de lecturas incluía, principalmente, biografías, vidas de santos, ficción contemporánea (picaresca y caballeresca), romances, canciones y otras piezas transmitidas oralmente, y crónicas urbanas54. Éstas pueden otearse a través de la impronta dejada en la arquitectura interior de algunos escritos personales; y, más en concreto, merced a la ocasional inserción en ellos, parcial o entera, de cartas, documentos, fragmentos sacados de las crónicas o piezas de la contemporánea literatura de calle. Sin que pueda afirmarse que sea un rasgo exclusivo de los autobiógrafos comunes, al menos era bastante frecuente entre ellos. Fuera de nuestras fronteras, en la francesa ciudad de Lyon, un modesto artesano del ramo textil de nombre Pierre Ignace Chavatte compuso por aquellos días, en la segunda mitad del Seiscientos, una *Chronique mémorial des choses mémorables* valiéndose, entre otras fuentes, de las notas que había ido

52. *Autobiografía de Jerónimo de Pasamonte*, en COSSÍO 1956, 36.

53. *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés*, en SERRANO Y SANZ 1905, 505-506.

54. AMELANG 2003 [1998], 100-104.

tomando a lo largo de su vida, a la vez que incluyó en ella algunos *placards* impresos y numerosos fragmentos copiados directamente de los *canards* que circulaban entonces y que tan usuales fueron entre las estrategias editoriales encaminadas a los lectores más «populares»<sup>55</sup>. Prueba de su incidencia en la crónica de Chavatte es el hecho de que en diversas ocasiones «il semble s'inspirer étroitement de quelques-uns d'entre eux pour faire le récit de certains événements survenus à Lille; il a peut-être écrit parfois avec un occasionnel sous les yeux pour lui servir de modèle»<sup>56</sup>.

De una cierta similitud es el «diario» de Antonio Moreno de la Torre, merino mayor de Zamora, referido a los sucesos acaecidos en dicha ciudad entre 1673 y 1679. Amén de las informaciones recibidas por vía oral y el testimonio directo de quien actúa como atento observador de cuanto le rodea, en especial celebraciones festivas y apuntes del latido cotidiano; su diario contiene ciertos reflejos tanto de la literatura de cordel y la poesía callejera, caso, entre otras, de esas «otavas al urto sacrílego del pulgar del Vendito San Ylifonso, por el Doctor Don Diego Valencia Caveca de Baca, que su autor escribió vertiendo lágrimas en 5 otavas»<sup>57</sup>; como de la agitación panfletaria contra don Juan de Austria en los comienzos de 1677: «Avía un nibelo (*sic*) que decía: 'Juan viene, deténle y si no sonare que pague'» o «Al señor Don Juan un nibelo: Don Juan a benido. / Sacó la espada / y no iço nada. / El señor Don Juan añadió: / 'Villano, no a llegado el verano'»<sup>58</sup>.

Así mismo en el dietario de mosén Joaquim Aierdi, *Notícies de València i son regne de 1661 a 1664 i de 1667 a 1679*, volcado también en la crónica urbana, a cierta altura se transcribe una relación de sucesos titulada «Relació verdadera de la mort, soterrar y funeràries del venerable pare doctor Domingo Sarrió, prebere, que morí a 25 de febrer de l'any 1677, entre los onse y les dotse de la nit»<sup>59</sup>. En tanto que el curtidor Miquel Parets, sin

55. CHARTIER 1998.

56. LOTTIN 1979, 34-35. Debo esta referencia al profesor Roger Chartier.

57. *Diario de Antonio Moreno de la Torre. Zamora 1673-1679*, en LORENZO PINAR & VASALLO TORANZO 1990, 81. Tras señalar el estado de conservación del cuaderno y la previsible desaparición de una primera parte con las noticias anteriores a la década de los sesenta, comentan los editores que «a estas particularidades se añade la pérdida de otros documentos adjuntados al original, caso de composiciones poéticas, copias de cartas o el memorial que elaboró sobre los reparos de la iglesia de San Ildefonso, mencionados pero sin insertar» (pág. 28).

58. *Idem*, 135 y 139.

59. AIERDI 2000, 347-354.

llegar a la copia fidedigna, incorpora a la escritura de sus memorias, *De molts successos que han succeït dins Barcelona y en molts altres llocs de Catalunya, dignes de memòria*, pasajes levantados de los dietarios urbanos que pudo leer en el cercano monasterio de Santa Caterina, sin descuidar que sus relaciones con personas vinculadas a la imprenta y a los libros también debieron facilitarle el ingreso en el mundo del escrito<sup>60</sup>.

En otros textos memorialísticos, el vínculo entre lo leído y lo escrito se expresa mediante la copia de documentos oficiales, una práctica relativamente ordinaria en los dietarios de miembros de la oligarquía urbana y de notarios. Prueba de ello son las memorias del ciudadano barcelonés Frederic Despalau, en las que, según avanza la crónica, se incluyen varias cartas de Felipe II, Felipe III y otros personajes de la época. Sucede así con la «letra del rey nostre señor per a don Enric de Cardona, governador de Catalunya, feta a 6 de abril 1596», la «dels yurats de Saragosa y per als consells de la ciutat de Barcelona» o la misiva del «rey al papa de la mort del rey don Felip, primer en la corona de Aragó, son pare, feta a 13 de setembre 1598 à general en lo Principat de Catalunya, per lo nostre señor el rey»<sup>61</sup>.

Un texto donde, sin embargo, sí pueden destacarse explícitamente diversas menciones de libros y de prácticas efectivas de lectura son las memorias autobiográficas de Luis de Carvajal «el Mozo», escritas en tercera persona bajo el seudónimo de Librado José Lumbroso. Se trata con todo de un individuo que precisa alguna acotación previa pues, por más que su actividad de tratante de mercancías pueda acercarlo al grupo de los comerciantes, no es menos claro que sus orígenes familiares le dieron unas posibilidades de formación, acceso y uso de la cultura escrita bastante más próximas a las que disfrutaron las oligarquías urbanas y las gentes de letras. Estas circunstancias explican un modelo de lector hermanado al de ciertos soldados de ilustre postín, como Diego Duque de Estrada, bien distinto del que asoma en los escritos personales de otros soldados y artesanos más corrientes.

Emigrado a México y huérfano de padre, Carvajal «el Mozo» halló en los libros un refugio contra la soledad, sobre todo en un ejemplar de la Biblia que compró a un clérigo en Panuco: «bolbió a Panuco en donde le deparó Dios una Biblia Sacra, que le vendió un clérigo de allí por seis

60. AMELANG 1996, 57 & 2003 [1998], 105-106.

61. *Diari de Frederic Despalau*, en SIMON I TARRÉS 1991, 130, 147-148 y 165. Para Jeroni Pujades, *cf.* ESCARTÍ 1994, 282.

pesos, con cuya lección asidua en aquella soledad vino a conozer muchos de los diuinos misterios»<sup>62</sup>. En páginas sucesivas volverá a menudo sobre esa lectura, bien sea para señalar el lugar concreto donde leía: «se levantó de un corredor de la casa donde estaba leyendo, y dexando aun la Sacra Biblia abierta»; o bien para referir su conocimiento y aplicación de la materia leída: «pero aquí no ay que dudar sino que Dios Nuestro Señor aceptaría el deseo, según se collige del segundo libro del Paralipómenos [Libro de las Crónicas], capítulo donde tratando el sabio rey de Israel del buen deseo que tubo de hazer el templo al Señor, David, su santo padre, [...]»<sup>63</sup>. Al hilo de tales anotaciones, Luis de Carvajal «el Mozo» se representa como un asiduo lector y buen conocedor de las Sagradas Escrituras, en cuyas páginas se sumergía de forma habitual, también durante su cautiverio inquisitorial:

encerrose con la Sacra Biblia y otros santos libros que el Señor allí le deparó, cuya lezón azidua era sus exercicios. Joseph en su prisión no fue del Señor Dios suyo olvidado, antes rezibió regalos y faores dignos de memoria de su misericordiosísima mano; y es el Señor testigo que deseó muchas vezes en aquella prisión y carzel oscura y sólo diziendo quien me diera en esta soledad tener la compañía de los psalmos del propheta Santo Daud, cuya lección me consolara [...]»<sup>64</sup>.

Estando prisionero tuvo por compañero de celda a un fraile también muy aficionado a los libros, aunque algo quejumbroso por no tener a su alcance tantos como en el monasterio. Ambos compartieron rezos y lecturas, y en varias ocasiones Carvajal se retrata contándole historias sagradas: «y estando un día Joseph contando algunas de las sagradas historias» o «passábanseles los días en contarle Joseph muchas de las sagradas historias, las quales el compañero oía con grandísima cobdicia y deboción»<sup>65</sup>.

62. *Procesos* 1935, 464.

63. *Idem*, 465. Las referencias bíblicas se reiteran en otros momentos del texto, por ejemplo: «confesemos al Señor del univerzo porque es bueno, porque es eterno con los hombres su misericordya pues él es, como santo David dize, el que encamina a los que ban errados» (467); «dixo Joseph como preguntando, por qué es así lo que algunas vezes me parece a oído que estando el santo Moysés teniendo las tablas de la ley escribió el Señor Dios en ellas sus santísimos mandamientos» (472); «mas en estas y otras ocasiones experimentó bien el dicho verdadero del propheta Daud, que si el Señor no guarda la cifra en valde vela el que la guarda; y si el Señor no edifica la ciudad en valde vela el que la quiere edificar» (489-490).

64. *Idem*, 475.

65. *Idem*, 478-479.

En otro lugar evoca el tiempo que estuvo en un colegio de indios enseñando «a algunos de ellos la gramática» y ayudando al fraile que lo regía «a escribir ansi cartas como sermones». Allí tuvo a su alcance una nutrida librería, de manera que «cuando el fraile se iba a comer y todos los colegiales a sus casas se quedaba él con las llaves del colegio dentro dél encerrado leyendo y trasuntando en romance muchas cosas de la Biblia sagrada»<sup>66</sup>. Leía y copiaba «trasuntando muchas cosas de la Sagrada Escritura»<sup>67</sup>, elaborando con ello un cuaderno donde trasladaba ciertos «lugares comunes y sermones para los frailes franciscos»<sup>68</sup>; es decir, dando testimonio de una manera de leer sobradamente documentada entre los lectores eruditos y entre los predicadores<sup>69</sup>.

La práctica lectora de Carvajal «el Mozo» guarda ciertas semejanzas con la del Duque de Estrada, sólo que las lecturas de éste no eran únicamente bíblicas, sino más bien históricas y literarias, como testimonian la referencia a las «historias de mi leídas» (entiéndase de «emperadores, reyes y varones invencibles e ilustres»), la concreta mención del *Quijote* («¡Oh libro de *Don Quijote de la Mancha!* ¡Adónde estás, que no metes esta partícula entre tus aventuras?») o algún que otro pasaje inspirado en esta obra<sup>70</sup>. En su caso, la literatura se convierte en modelo de comportamiento y de escritura, de tal suerte que ésta se encuentra muy vinculada a la anterior. Huelga para ello con acudir a la producción dramática y poética del autor, debidamente anotada en el discurso de su vida:

[1] En cuyo retiro, el tiempo que vacaba de las muchas conversaciones de caballeros y aun damas que continuamente tenía, dice dos comedias: la una, *El Rey Sebastián fingido*, muy celebrada, y la otra, *El forzado vencedor*, que con mucho aplauso representó el autor Barrios, así en Palacio y casas particulares como en público.

[2] Yo había acabado ya mi libro de la victoria en octava rima, y le envié a Su Alteza impreso, que también se esparció por toda Sicilia y Nápoles, siendo seiscientos cuerpos de la referida victoria. Recibióle el Príncipe con

66. *Procesos* 1935, 481.

67. *Idem*, 487.

68. *Idem*, 489.

69. CASTILLO GÓMEZ 2001-2002.

70. DUQUE DE ESTRADA 1982, 332 y 200. La influencia cervantina puede constatarse por el parecido que guarda el arranque de la novena parte de los *Comentarios* con el comienzo del capítulo 38 de la primera del *Quijote*. Cfr. CASSOL 2000, 185.

mucho gusto, aunque ya enfermo, haciéndole leer al doctor Ayala, su médico, y a Don Martín Galindo y a Don Francisco Ibarra, otras dos veces, que eran poetas y caballeros de cámara; y leído tres veces, dijo a mi primo: «Grandes partes tiene este mozo, pero mala fortuna, y esta vez se ha perdido por buen soldado. En suma, el hombre propone y Dios dispone; envíadle la licencia que me pide para venirse»<sup>71</sup>.

Tanto en las memorias de Luis de Carvajal «el Mozo» como en los *Comentarios del desengañado de sí mismo* del Duque de Estrada, el libro y su uso personal están presentes de una manera más cotidiana. Aunque no todos, parte de los libros manejados y de las lecturas realizadas se hacen visibles en el relato mismo y no es preciso inferirlas del modo en que se organiza y desarrolla la narración o del lenguaje empleado, como sí acaece en los diarios y memorias de esa gente común representada aquí por individuos como el curtidor Miquel Parets, mosén Aierdi, el merino mayor Antonio Moreno de la Torre, el menestral Josep Agramonte o los soldados Jerónimo de Pasamonte y Domingo de Toral y Valdés.

## LECTURA Y VIDA

Mas allá de las peculiaridades de unos y otros «modelos» de autobiógrafos lectores, leyendo sus memorias privadas observamos algunos paralelismos dignos de anotar, y uno en especial: el que atañe al valor de la lectura como modelo de vida y de comportamiento. Obviamente esto no significa que los libros desencadenaran necesariamente nuevas vidas al modo apuntado por el escritor turco Orhan Pamuk en la cita que abre este artículo, como tampoco que el talante, la actitud y los hechos de la persona estuvieran determinados por los libros. Por el contrario, un capitán como Domingo de Toral y Valdés, de cuyo oficio lector algo ya se ha dicho, insiste en que el carácter militar y la capacidad de mando deben más al peso de la experiencia, a lo vivido, que al saber aprendido en los libros:

diga cada uno lo que quisiere, que el arte militar, compuesto de varios accidentes, y el gobernar y sujetar con tanta oprisión, tanta cantidad de gente, de tan varios naturales, en una campaña o sitio en oposición de otros tantos de tanta importancia como valen las vidas y honras de tantos soldados y de

71. DUQUE DE ESTRADA 1982, 200 y 327.

su rey, no se aprende en una sala cercada de libros ni en la urbanidad de la corte, más apréndese en una campaña y otra, en un sitio y otro sitio, con un trabajo y otro, arriesgando una y cien veces la vida<sup>72</sup>.

A su lado, sin embargo, tanto soldados como monjas muestran en sus escritos autobiográficos un similar aprecio al libro instructivo, aquel del que se podía aprender y extraer maneras de hacer y de ser, más o menos seguidas. De ahí el común interés manifestado por la lectura de vidas, sobre todo de aquellas que narraban la biografía de santos y personas de algún modo excepcionales.

Conforme se ha dicho anteriormente, en la «biblioteca ideal» de los soldados del Siglo de Oro un anaquel estaba reservado a los papeles y autobiografías de otros del mismo oficio<sup>73</sup>. Dado que el soldado áureo debía ser no sólo una persona de valor sino también de buena honra, es decir, un caballero cristiano según lo que se esperaba de éstos, es comprensible que su autorrepresentación escrita se haga en términos muy próximos a los empleados en las autobiografías espirituales. Nótese así el paralelismo entre el caso de Jerónimo de Pasamonte reposando la comida mientras leía y rezaba; y el de la monja Ana de Jesús «gastando» sus siestas adolescentes en orar y leer.

Asociación ésta entre el descanso, la lectura y el rezo que hermana el estatuto conferido al acto de leer en el discurrir autobiográfico de monjas y soldados áureos, y que se vuelve a poner de manifiesto en la significación dada a la lectura de libros de horas con el fin de explicitar el cumplimiento de las obligaciones cristianas:

Acabado de comer, si es de verano, me reposo un poco, y si es invierno, me entretengo en algo un poco y tomo el oficio de Nuestra Señora, y lo primero digo el oficio del Espíritu Sancto y después otras oraciones y las dos de Nuestra Señora: Observo te Domina y O intimerata, y otras de Santo Tomás, y Oratio in afflictione y Salmo in tribulatione, y el de la Trinidad: Quicumque vult salvus esse, etcétera, y las oraciones y antifona de viandantes con el salmo Benedictus Dominus, etcétera, y digo la letanía de la Madre de Dios de Loreto dos veces, una por mí y otra por el conde de Benavente, que tengo dos mandatos suyos en confirmación de mi plaza; y después digo todo el oficio de la Madre de Dios; y el miércoles digo

72. *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés*, en SERRANO Y SANZ 1905, 500.

73. CASSOL 2000, 26, 33-34.

también el gradual; y el viernes digo también todo el oficio de los muertos; más los otros días, dicho el de Nuestra Señora, digo solas las vísperas de los muertos<sup>74</sup>.

Por su lado, las monjas autobiógrafas tuvieron sus puntos de referencia en el testimonio aportado, especialmente, por las vidas de santidad y los oficios de la Virgen. Valga recordar la promesa que Margarida-Maria Alacoque, huérfana de padre desde muy pequeña y por eso «até à idade de oito anos e meio, pouco mais ou menos, creie-me sem outra educação que a de criados e aldeos», hizo a la Virgen «de lhe rezar o oficio de sua Imaculada Conceição quando o soubesse leer»<sup>75</sup>. Estefanía de la Encarnación, entre otras, refiere también el tiempo dedicado a la lectura de vidas de santos en distintos momentos de su existencia:

y así entonces los primeros en que deletreé fueron la vida de San Jacinto y la de Santa Cathalina; la de la santa se me quedó en la memoria y hizo en mi más operación por sauer yo y hauer<o> oýdo y gustar mucho de todos aquellos faores celestiales que en su niñez y vida la santa tubo; y así con esta moción a su ymitación hice de la misma hedad que ella, que fue de siete años, botto de castidad<sup>76</sup>.

Anota expresamente la «operación» que tales lecturas hicieron en ella, es decir, la capacidad de los libros para producir algún efecto en la personalidad del lector. Según esto, los libros integran y dan cuerpo a esa «biblioteca interior» que hace de la apropiación lectora una experiencia capaz de movilizar los ánimos y despertar las voluntades al ritmo trazado por las letras, todavía más cuando éstas entrañan un modelo espiritual:

Leía Vidas de santos y fomentauame con ellas, que en esso de leer tube uição pues jamás gastaua ratto que tuviese desocupado en otra cossa. Esta misma afición me hacía que no topasse libro que no le passase, y así leý de todo, aunque nunca en los de cauallería, si es verdad que devió de ser por no benir a mis manos; en cosa desonesta tampoco, que fuy en esso tan extremada que si alguna hablauan delante de mí que no fuesse muy pura y sonasse mal, lloraua de pura aflicción y sentimiento de que no guardassen la pureza y recatto deuido<sup>77</sup>.

74. *Autobiografía de Jerónimo de Pasamonte*, en Cossío 1956, 36, 65-66.

75. ALACOQUE 1984, 13.

76. *Vida de soror Estefanía de la Encarnación*, fol. 10.

77. *Idem*, fol. 16r.

De un lado, la lectura introduce a la monja en un mundo de espiritualidad más acusada, interiorizada y rebosante de manifestaciones corporales, físicas; por ello que el momento de tal descubrimiento sea narrado en términos de «conversión», de inmersión en una vida distinta puesta en contraste con lo que podía haber supuesto la etapa anterior o incluso las lecturas previas, concebidas a menudo, según se lee en la autobiografía de Jeanne des Anges, sin otra pretensión que la de «paraître fille d'esprit et de bon entretien et pour me rendre capable de surpasser les autres en toutes sortes de compagnies»<sup>78</sup>.

De otro, el libro entendido como espejo donde confrontar el alma, como tesoro donde hallar ejemplos a seguir al objeto de construir esa espiritualidad íntima y desgarrada del misticismo. El provecho y la imitación son por ello términos recurrentes cuando se habla de libros y de lecturas en los escritos autobiográficos de las monjas y beatas áureas. Jerónima de San José confiesa que, si le sobraba tiempo mientras «se levantaban en casa, leía algunas vidas de santas mártires», de donde «sacaba grandes deseos de padecer por Cristo»<sup>79</sup>. Modelo y sacrificio están también en el oficio lector de Ana María de San José: primero, por las mudaciones del alma derivadas de la lectura de textos devotos, en especial, «aquellos feruorosos desseos de parecerme a Christo y de ser transformado en los dolores y angustias que padeció en la cruz»; y segundo, por el vínculo formulado entre la lectura y la mortificación: «Continuava yo mis ejercicios de leer en el libro de mi padre San Francisco y traía siempre silicio y dormía mucho tiempo en una tabla, pero todo lo hazía no más que por la inclinación a la virtud»<sup>80</sup>. Una anónima carmelita descalza describe el significado de las vidas de santas en términos casi idénticos a los usados por Estefanía de la Encarnación:

Las rrebelaciones de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, de Santa Gertrudis y Santa Ángela de Fulgino, etc., me an echo conocido prouecho, y sacádome de algunas seqedades a oración de unión, aunque mejor me hallo con leer algunos cuadernillos de espíritu, que aunque no lo entienda, hace operación en el alma<sup>81</sup>.

78. Cfr. GOLDSMITH 2001, 49.

79. *Vida de la venerable madre Jerónima de San José, religiosa carmelita descalza en su convento de San Alberto de la ciudad de Calatayud. Por obediencia de su confesor escribió esta vida*, copia s. XVII. BNM, ms. 8693.

80. NIÑO 1632, 77.

81. *Relación que hace una monja de su modo de oración y mercedes que en ella recibía y no dice su nombre, ni en qué convento*, ms. autógrafa. BNM, ms. 5807, fol. 331v.

Sumadas a las Epístolas de San Jerónimo y a los libros de fray Luis de Granada y fray Pedro de Alcántara<sup>82</sup>, los oficios de la Virgen y las vidas santas son las lecturas más comúnmente citadas en los textos autobiográficos de monjas y beatas. Las lecturas de éstas abundan en modelos de vida y santidad, ya se tratara de las místicas medievales, sobre todo Catalina de Siena, Angela de Foligno y Gertrudis de Helfta; o de los modelos más contemporáneos, caso de Teresa de Ávila, Juana de la Cruz o María de Ágreda. Amén de otros testimonios ya citados, Mariana de Jesús confiesa su aprecio y admiración por la vida de Santa Catalina:

Porque no solamente mis padres y parientes, más todo el infierno junto, parece que se conjuró contra mí, afligiéndome con tentaciones, cuales yo nunca había experimentado, así de sentimientos como de representaciones malas y feas, casi del modo como se lee de Santa Catalina, a la que tuve siempre por compañera y guía y quise más escoger con ella la corona de espinas en esta vida y la de oro que se quedase para la otra y así procuraba invitarla en lo que breuemente podía, especialmente en tomar frecuentes disciplinas y dormir en tabla y ayuno y algunas veces cilicio, y procuraba de usar de otras penalidades, como era estar mucho tiempo de pie y de rodillas y llevar en los pies algunos garbanzos y cantitos a fin de tener siempre el cuerpo fatigado y cahsado<sup>83</sup>.

Mariana de San José evoca la importancia que en ella ejerció la lectura de las obras de Teresa de Ávila, en especial *Camino de perfección* y el manuscrito del *Libro de la vida*, destacando lo mucho que éste le sirvió:

Ya había días que me habían dado el libro del *Camino de perfección* de la Santa Madre Teresa de Jesús, y sus avisos [...]. Luego que salió el libro de su vida, mucho antes que se imprimiese, me lo llevaron, creo fue antes que muriere. Ayudóme mucho, y conocidamente<sup>84</sup>.

82. «Los libros en que más me ocupaba eran las Epístolas de S. Jerónimo, las de Santa Catalina de Sena, y su vida, y los libros del P. Fray Luis de Granada, y el P. Fray Pedro de Alcántara». [*Autobiografía de Mariana de San José*]. Archivo del Real Convento de la Encarnación, Madrid, leg. 71. Cfr. POUTRIN 1995, 356.

83. [*Autobiografía de Mariana de Jesús*], en GÓMEZ DOMÍNGUEZ 1965, 242. Según indica, su edición se basa en la transcripción realizada en el siglo XVII por fray Juan de la Presentación: *La corona de Madrid. Vida de la venerable madre Mariana de Jesús, religiosa del Sacro Real y Militar Orden de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced, redempción de cautivos christianos*, Madrid: Julián de Paredes, 1673.

84. MUÑOZ 1645.

Y Estefanía de la Encarnación halló en la vida de la monja abulense una razón para apoderarse de la pluma y escribir la suya propia, según declara en el capítulo XIV de su *Autobiografía*, en el que da cuenta «de otros grandes favores que acontecieron a esta religiosa desde los veynte y nueue hasta treynta anos»:

Estando un día de Nuestro Padre San Francisco en el choro (ya yo tendría veynte y ocho años o yría para ellos) sentí a la Gloriosa Sancta Theresa a mi lado, siendo aquel día el de su dichoso tránsito; y entre otras mercedes y favores fue uno de darme su pluma para que yo escriuiesse como la sancta escriuió, diciéndome que lo pusiese por obra; desde entonçes quedé inclinada a haçerlo<sup>85</sup>.

Un éxito, en suma, el que tuvieron estas obras, muy ligado tanto a la materialidad de los textos como al orden de las lecturas proclamado en la época. Respecto al primer asunto debe observarse que la combinación establecida entre el formato pequeño y la disposición de la escritura en fragmentos cortos, de lectura ágil y a menudo en el marco de una velada, contribuyó a la notoria difusión de las vidas de santos. El primer aspecto está presente en la descripción que Mariana de San José hizo de una de sus lecturas preferidas, las obras del padre fray Pedro de Alcántara, un volumen del que señala que «como era pequeño triale siempre conmigo, y en cualquier parte que me hallaba sola leía en él, y el paso, o misterio que en aquel día señala de la muerte, y Pasión de Cristo señor nuestro»<sup>86</sup>. A su vez la facilidad de lectura es algo que supo destacar la monja Margarida-Maria Alacoque, poco familiarizada con el mundo de las letras: «E como eu quase não hà outro livro além da Vida dos Santos, dizia ao abrílo: ‘Tenho que buscar a vida de uma Santa muito fácil de imitar, para poder fazer como ela fez, a fim de me tornar Santa como ela’»<sup>87</sup>.

En cuanto al enjundioso tema de los discursos sobre los buenos y malos libros huelga recordar que fue un asunto de hondo calado en la sociedad de la Contrarreforma, que tuvo en jaque a más de uno, impregnó buena parte de la literatura áurea y, en general, dió lugar a caudalosos regueros de tinta<sup>88</sup>. Uno de sus hitos lo tuvo, sin duda, en el *Diálogo espiritual que*

85. *Vida de soror Estephanía de la Encarnación*, fol. 142.

86. [*Autobiografía*]. Archivo del Real Convento de la Encarnación, Madrid, leg. 71. Cfr. POUTRIN 1995, 356.

87. ALACOQUE 1984, 29.

88. A los que me sumo en CASTILLO GÓMEZ 2003.

*trata quán dañoso es perder el tiempo y occuparse en leer libros profanos* (1588), del fraile Antonio de Santa María<sup>89</sup>; como lo son también los rastros dejados en los escritos de las autobiógrafas espirituales del Siglo de Oro. La distinción entre los buenos y malos libros asoma, por ejemplo, en la de Ana María de San José al recordar que, cuando tenía catorce o quince años, «leía en libros devotos», particularmente en las Crónicas de San Francisco, en tanto «que los que no lo eran nunca los leí, aunque auía de todos en casa»<sup>90</sup>. Mariana de San José señala que en su casa tenía «muy buenos libros, y leíame en ellos y en la vida de Christo nuestro Señor y de otros santos»<sup>91</sup>. Y la misma calificación es la que emplea María de Cristo a la vez que vuelve a insistir en el carácter ejemplarizante de dichas obras:

tanbién era mui inclinada a leer en buenos libros, topé con el Flor Santorum, que me açía gran porbecho ber aquellas admirables bidas. Io no sabía cómo imitarlas, causábame grande alegría en mi alma i más quando leía aquellas penitencias tan grandes i aquel amor de Dios que los abrasaba, pues quando llige (*sic*) a los que morían mártires no me podía contender de lágrimas i ansias que me daban de perder la bida como ellos i por amor de Dios que de mui buena gana pusiera la garganta a el chuchillo no una bez sólo sino millones de beçes para tenplar este ardor<sup>92</sup>.

Obviamente esto no quiere decir que no leyeran otras materias menos piadosas, pues de sobra son conocidos los ejemplos que se refieren a la

89. Salamanca: Guillermo Foquel, 1588. Ahora en edición de Jacobo Sanz Hermida como número 0 de la singular «Librería Portátil del Biblioclasta».

90. Véase en NIÑO 1632, 77.

91. [*Autobiografía de Mariana de San José*], en MUÑOZ 1645, 123.

92. *Vida de la venerable María de Cristo*, fol. 4r. La ejemplaridad es justamente una de las razones que mueve a la difusión, manuscrita e impresa, de estas vidas de monjas según dejan ver las acotaciones al respecto de Luis Muñoz en el comentario que sigue a la autobiografía de esta monja: «sirvan de aliento a los desalentados, de estímulo a los que desean caminar por el camino della y para los deseosos de vivir bien, y de freno para los que precipitados caminan lo licencioso de los vicios» (MUÑOZ 1645, 333); y del catedrático Manuel Duque de Estrada en sus anotaciones a la *Vida* de Inés de la Encarnación: «Habiendo pues de ser estas advertencias para todo género de personas (y por esta causa irán traducidas literalmente las autoridades de los Padres) —pues lo sutil muchos no lo entienden y lo llano todos lo perciben— irán expresados con el más usado castellano según admitiere la materia de que se tratare» (Biblioteca de Santa Cruz, Valladolid, ms. 116 (172), fol. 9r. *Cfr.* HERPOEL 1999, 150).

lectura de obras de caballería, novelas pastoriles y otras piezas de ficción<sup>93</sup>; como tampoco que no lo hicieran por puro divertimento o para sobrellevar los sufrimientos de ciertos momentos. Sin entrar en mayores consideraciones espirituales, Ana de Jesús halló en los libros el bálsamo para combatir los sufrimientos que padecía a causa de la viruela: «los dolores me quitaron el leído y lo demás, más todavía azía yo lo que podía a excusas de mi madre»<sup>94</sup>; en tanto que el testimonio de Mariana de San José concita la distracción y lo desaconsejado al evocar el «gusto» que tomó a los «libros de caballerías y otros semejantes a ellos» cuando los leía en alta voz para su hermana y otras monjas enfermas:

Estuvo mi hermana enferma un verano en una pieza donde avía otras de su edad que lo estaban; para entretenerse tenían libros de cavallerías y otros semejantes a ellos; no las hizo daño a ellas, que como tomaban aquel entretenimiento para sólo divertirse de sus males no les divertía, más yo como era tan fácil en todo lo malo fue para mi aquel entretenimiento, toméle tan de veras que yo era la que siempre las leía y aún sin que me lo mandassen las solicitava yo. Pegóseme el gusto a ellos tanto que ya no me hallava sin tener uno de estos libros y un pariente que tenía moço me proveía deste mal exercicio buscándome nuevos libros; ya no era menester entretener enfermas, que sin que las huviesse ocupava yo el tiempo en esto, y me acontecía gastar casi toda la noche leyendo y el entendimiento que el señor me avía dado se ocupava en vanidades; y si algunas tenían las amigas se las ayudava yo a solenizar y algunas vezes me davan sus papeles y cartas para que yo los registrasse y mirasse si iban bien escritos, que para arto daño mío imaginavan que tenía entendimiento<sup>95</sup>.



Al hilo de los distintos filones autobiográficos que hemos excavado en estas páginas –espiritual, erudito y común– se ha podido notar una cierta complementariedad entre el leer y el escribir. Bien estuviera camuflada entre las líneas del texto o en los entresijos de las letras, o bien se hiciera

93. «Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos [libros de caballerías]; y aquella pequeña falta que en ella [madre] vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embecía que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento». TERESA DE JESÚS 1997, 124.

94. *Vida de la venerable Ana de Jesús*, fol. 5r.

95. MUÑOZ 1645, 24.

algo más evidente mediante la inserción o copia de alguna relación, cierto panfleto o determinado documento. Ya fuera visible, aunque desmaterializada, como en las vidas de monjas y de beatas; recurrente, según los diarios y memorias de quienes vivieron entre o rodeados de libros; o más esporádica y a menudo intangible, al uso de los autobiógrafos más comunes.

Una comparación de las autobiografías áureas permite atisbar distintos modos de establecer el vínculo entre la lectura y la escritura, maneras diversas de mostrar el peso de lo leído, vestigios varios de representar la «biblioteca interior». Por supuesto, y es fundamental recalcarlo, sin que de ello pueda desprenderse una distinción tajante de modelos de lectores o arquetipos de lectura. Puede que ésta tenga ingredientes más sólidos en el caso de las autobiografías espirituales y eruditas; pero también algunas aristas romas si atendemos al quehacer de los que hemos llamado autobiógrafos comunes o al discurrir de cierta parte de los textos memoriaísticos. Esta diversidad conlleva en la práctica la imposibilidad, a la vez que importunidad, de establecer unos tipos cerrados. De hecho el aprovechamiento de las lecturas, efectivas y posibles, constituye un proceder que incluso puede constatarse en la escritura autobiográfica de monjas y beatas. En este sentido, Margarida-Maria Alacoque confiesa en la suya que «escrevía todo o que podía encontrar nos livros que tratavan de confissão; e escrevía as vezes coisas que até tinha horror de pronunciar»<sup>96</sup>; y otro tanto se ha señalado respecto a la autobiografía de Jeanne des Anges, algunos de cuyos episodios están directamente inspirados en las relaciones sobre posesiones diabólicas: «The details had been recounted in the vast pamphlet literature describing the Loudun exorcisms, and had also been vividly evoked by Surin in his descriptions of Jeanne's possessions as well as his own»<sup>97</sup>.

Las autobiografías, en suma, nos suministran un interesante material para indagar en las funciones sociales de la lectura en una época determinada. Ciertamente que de ellas no podemos esperar una historia de la lectura levantada en su directa relación con las tipologías y estrategias materiales seguidas por los textos. A cambio, sin embargo, se puede recabar una valiosa información para aproximarnos al significado atribuido al libro y a la lectura en las distintas etapas de la vida de una persona, al particular estatuto que cada cual les dio en el momento de escribir un texto

96. ALACOQUE 1984, 37.

97. GOLDSMITH 2001, 52.

autobiográfico. Vemos así cómo existen casos en los que los libros y la lectura asumen un papel cardinal en la construcción narrativa de la vida propia; en tanto que en otros escritos las menciones están más difuminadas. Dos maneras, a la postre, de atender la configuración escrita de la trayectoria vital: unas veces llena de libros y otras casi vacía; unas ricas en el contenido de las lecturas y otras más ceñidas al canon establecido; unas testimonio de un leer disperso y placentero y otras del libro entendido como espejo de perfección y virtud.

En cualquier caso, presencia y ausencia, cita y omisión, conforman distintos modos de acometer la operación autobiográfica, maneras diferentes de configurar y representar «lo retenido, lo aprendido, lo contrastado, las nociones de ética y estética, de gusto, de comportamiento, de sociedad, de usos y costumbres, de relación con los otros», es decir, ese concepto de la vida y del ser que puede llamarse biblioteca interior<sup>98</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- AIERDI, Joaquim, *Dietari. Notícies de València i son regne de 1661 a 1664 i de 1667 a 1679*, ed. Vicent Josep Escartí, Barcelona: Editorial Barcino, 1999.
- ALACOQUE, Margarida-Maria, *Autobiografia*, Braga: Editorial Apostolado de Oração, 1984 (4ª edición).
- AMELANG, James S., «La autobiografía en la España moderna», *Historia 16*, 209 (1993), págs. 96-105.
- , «Una sociabilitat barcelonina del segle XVII: text i context d'un menestral», *Pedralbes*, 16 (1996), págs. 47-58.
- , «Formas de escritura popular: las autobiografías de artesanos», en Antonio Castillo Gómez, comp., *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona: Gedisa, 1999, págs. 129-142.
- , *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid: Siglo XXI, 2003. (original, *The Flight of Icarus. Artisan autobiography in Early Modern Europe*, Stanford: Stanford University Press, 1998).
- BARBEITO CARNEIRO, Isabel, *Mujeres del Madrid Barroco. Voces testimoniales*, Madrid: Horas y horas la editorial-Dirección de la Mujer, Comunidad de Madrid, 1992.
- BORGES, Jorge Luis, *El libro de arena*, Madrid: Alianza Editorial, 2001 (7ª reimpresión; primera edición, 1975).

---

98. HARO TECGLÉN 1996, 126.

- BOUZA ÁLVAREZ, Fernando, «'No puedo leer nada'. El corrector general Juan Vázquez del Mármol y la cultura escrita del Siglo de Oro», *Syntagma. Revista de Historia del Libro y de la Lectura*, n.º. 0 (octubre 2002), págs. 19-45.
- BURY, Ricardo de, *Filobiblión. Muy hermoso tratado sobre el amor a los libros* (1344), Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2001.
- CASSOL, Alessandro, *Vita e scrittura. Autobiografie di soldati spagnoli del Siglo de Oro*, Milán: LED-Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, 2000.
- CASTILLO GÓMEZ, Antonio, «La fortuna de lo escrito. Funciones y espacios de la razón gráfica (siglos XV-XVII)», *Bulletin Hispanique*, 100/2 (1998), págs. 343-381.
- , «Entre public et privé. Stratégies de l'écrit dans l'Espagne du Siècle d'Or», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56<sup>e</sup> année, n.º. 4-5 (juillet-octobre 2001), págs. 803-829.
- , «'No pasando por ello como gato sobre brasas'. Leer y anotar en la España del Siglo de Oro», *Leituras. Revista da Biblioteca Nacional*, 9-10 (2001-2002), págs. 99-121.
- , «'Del donoso y grande escrutinio'. La lectura áurea entre la norma y la transgresión», en Antonio Castillo Gómez, ed., *Libro y lectura en la Península Ibérica y América (siglos XIII a XVIII)*, Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2003, págs. 107-128.
- CERTEAU, Michel de, «La lectura absolue (Théorie et pratique des mystiques chrétiens, XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles)», en Lucien Dällenbuch y Jean Ricardou, eds., *Problèmes actuels de la lecture*, París: Éditions du Clancier-Guènaud, 1982, págs. 65-97.
- CHARTIER, Roger, «Écrire sa vie à la Renaissance», en su libro *Les pratiques de l'écriture ordinaire dans les sociétés de l'Ancien Régime*, Lyon: Groupe de Recherche sur la Socialisation-Université Lumière Lyon 2, 1996, págs. 13-20.
- , «Lecturas y lectores 'populares' desde el Renacimiento hasta la época clásica», en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, dirs., *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998, págs. 413-434.
- COSSÍO, J. M. de, ed., *Autobiografías de soldados: siglo XVII*, Madrid: Atlas, 1956.
- DUQUE DE ESTRADA, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor*, ed. Henry Ettinghausen, Madrid: Castalia, 1982.
- ENZINAS, Francisco de, *Memorias*, ed. y trad. Francisco Socas, Madrid: Ediciones Clásicas, 1992.
- , *Epistolario*, ed. Ignacio J. García Pinilla, Ginebra: Droz, 1995.
- ESCARTÍ, Vicent Josep, «Unes consideracions sobre la diarística valenciana del segle XVII», *Caplletra*, 9 (1990), págs. 119-127.
- , «Els dietaris valencians del Barroc», en Carlos Romero y Rossend Arqués, eds., *La cultura catalana tra l'Umanesimo e il Barocco. Atti del V Convegno*

- dell'Associazione italiana di studi catalani (Venezia, 24-27 marzo 1992)*, Padua: Editoriale Programma, 1994, págs. 281-295.
- , «'Intimitat' i 'publicitat' a l'ambient de l'escriptura privada en el segle XVII: el cas de Mossén Aierdi», *Estudis Castellonencs*, 6-1 (1994-1995), págs. 459-466.
- , «La memòria de la pesta: notes de lectura a propòsit dels escrits de Miquel Parets», *L'Aiguadolc*, 21 (1995), págs. 65-70.
- , *Memòria privada. Literatura memorialística valenciana dels segles XV al XVIII*, València: Eliseu Climent, editor, 1998.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid: Gredos, 1989 (2ª edición revisada y aumentada).
- GILMONT, Jean-François, «La propagande protestante de Genève vers l'Espagne au XVI<sup>e</sup> siècle», en Pedro M. Cátedra y María Luisa López-Vidriero, dirs.; Pablo Andrés Escapa, ed., *El Libro Antiguo Español, VI: De libros, librerías, imprentas y lectores*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca-Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002, págs. 119-133.
- GOLDSMITH, Elizabeth C., *Publishing Women's Life Stories in France, 1647-1720: From voice to print*, Aldershot-Burlington, USA-Singapur-Sydney: Ashgate, 2001.
- GÓMEZ DOMÍNGUEZ, Eliseo, *La madre Mariana (Aportaciones a la biografía de una madrileña)*, Madrid: Tirso de Molina, 1965.
- HALEY, George, ed., *Diario de un estudiante de Salamanca. La crónica inédita de Girolamo da Sommaia (1603-1607)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1977.
- HARO TECGLEN, Eduardo, *El niño republicano*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- HÉBRARD, Jean, «L'autodidaxie exemplaire. Comment Valenti Jamerey-Duval apprit-il à lire?», en Roger Chartier, dir., *Pratiques de la lecture*, Paris: Éditions Payot & Rivages, 1993, págs. 29-76.
- HERPOEL, Sonja, *A la zaga de Santa Teresa: autobiografías por mandato*, Amsterdam-Atlanta, GA: Éditions Rodopi, 1999.
- IGNACIO, Fray Francisco, *Vida de la venerable madre Isabel de Jesús, recoleta agustina en el convento de San Juan Bautista de la villa de Arenas. Dictado por ella misma y añadido lo que falta de su dichosa muerte*, Madrid: Francisco Sanz, 1672.
- LIECHTENHAN, Francine-Dominique, «Autobiographie et voyage entre la Renaissance et le Baroque: l'exemple de la famille Platter», *Revue de synthèse*, IV<sup>e</sup> s., 3-4 (1993), págs. 455-471.
- LORENZO PINAR, Francisco Javier, & Luis VASALLO TORANZO, *Diario de Antonio Moreno de la Torre. Zamora 1673-79. Vida cotidiana en una ciudad española durante el siglo XVII*, Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, Diputación de Zamora, 1990.
- LOTTIN, Alain, *Chavatte, ouvrier lillois. Un contemporain de Louis XIV*, Paris: Flammarion, 1979.

- LYONS, Martyn, «The Autodidacts and their Literary Culture: Working-Class Autobiographers in Nineteenth-Century France», *Australian Journal of French Studies*, 28-3 (1991), págs. 264-273.
- , «La culture littéraire des travailleurs. Autobiographies ouvrières dans l'Europe du XIX<sup>e</sup> siècle», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56<sup>e</sup> année, n<sup>o</sup>. 4-5 (juillet-octobre 2001), págs. 927-946.
- MOLLOY, Sylvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1996.
- MOREL-FATIO, Alfred, «Soldats espagnols du XVII<sup>e</sup> siècle: Alonso de Contreras, Miguel de Castro et Diego Suárez», *Bulletin Hispanique*, 3 (1901), págs. 135-158.
- MORENO GALLEGO, Valentín, «Sangre y tinta. Linajes y libros en el genealogista Pie de Concha (1600): en torno a un índice de procedencias», en Pedro M. Cátedra y María Luisa López-Vidriero, dirs.; Pablo Andrés Escapa, ed., *El Libro Antiguo Español, VI: De libros, librerías, imprentas y lectores*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca y Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002, págs. 261-284.
- MUÑOZ, Luis, *Vida de la venerable madre Mariana de San José. Fundadora de la Recolectión de las monjas agustinas. Priora del Real Convento de la Encarnación. Hallada en unos papeles escritos de su mano. Sus virtudes observadas por sus hijas. Dedicadas al Rey Nuestro Señor*, Madrid: Imprenta Real, 1645.
- NIÑO, Fray Juanetín, *A la serenísima infanta sor Margarita de la Cruz, religiosa descalça en su Real Convento de Descalças Franciscas de Madrid. En razón del interrogatorio en la causa de la venerable virgen sor Ana María de San José, abadesa de la mesma Orden y Prouincia de Santiago, en Salamanca*, Salamanca: Jacinto Taberniel, 1632.
- PAMUK, Orhan, *La vida nueva*, traducción de Rafael Carpintero, Madrid: Alfaguara, 2002 (original, *Yeni Hayat*, İletişim Yayincılık A. Ş. Ekim, 1994).
- POUTRIN, Isabelle, *La voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l'Espagne moderne*, Madrid: Casa de Velázquez, 1995.
- Procesos de Luis de Cavajal (El Mozo)*, México: Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, 1935.
- RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, Luis E., *Vida, aspiraciones y fracasos de un estudiante de Salamanca. El diario de Gaspar Ramos Ortíz (1568-1569)*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1999 (1<sup>a</sup> edición, 1987).
- SAN BARTOLOMÉ, Ana de, *Obras completas de la beata* —, ed. Julián Urkiza, Roma: Teresianum, 1981, 2 vols.
- SANTA MARÍA, Fray Antonio de (OFM), *Diálogo espiritual que trata cuán dañoso es perder el tiempo y ocuparse en leer libros profanos* (Salamanca: Guillermo Foquel, 1588), ed. Jacobo Sanz Hermida, Porto-Salamanca: Velociraptor Publications Ltd., 2000 (Librería Portátil del Biblioclasta, núm. 0).

- SERRANO Y SANZ, M[anu]el, ed., *Autobiografías y memorias*, Madrid: Atlas, 1905 (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 2).
- SIGNES CODONER, Juan, Carmen CODONER MERINO, & Arantxa DOMINGO MALVADI, *Biblioteca y epistolario de Hernán Núñez de Guzmán (El Pinciano). Una aproximación al humanismo del siglo XVI*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001.
- SIMON I TARRÉS, Antonio, «Memorias y diarios personales de la Cataluña moderna», *Historia social*, 2 (1988), págs. 119-134.
- , ed., *Cavallers et ciutadans a la Catalunya del Cin-Cents*, Barcelona: Curial Edicions Catalanes, 1991.
- SOCAS, Francisco, «Estudio preliminar», en Girolamo Cardano, *Mis libros*, Madrid: Akal, 2002, págs. 9-52.
- SPUFFORD, Margaret, «First steps in literacy: the reading and writing experiences of the humblest seventeenth-century spiritual autobiographers», *Social History*, 4 (1979), págs. 407-435.
- SUÁREZ, Diego, *Historia del Maestre último que fue de Montesa y de su hermano Don Felipe de Borja*, ed. F. Guillén Robles, Madrid: Imprenta de Manuel Tello, 1889.
- TERESA DE JESÚS, Santa, *Libro de la vida*, ed. Otger Steggink, Madrid: Castalia, 1986.
- , *Libro de la vida*, ed. Dámaso Chicharro, Madrid: Cátedra, 1997.
- TORRES SANS, Xavier, *Els llibres de família de pagès (segles XVI-XVIII). Memòries de pagès, memòries de mas*, Girona: CCG Edicions-Associació d'Història Rural de les Comarques Gironines-Institut de Llengua i Cultura Catalanes de la Universitat de Girona, 2000.
- VINCENT, David, *Bread, Knowledge and Freedom: A study of Nineteenth-Century Workings-Class Autobiography*, Londres: Methuen, 1982.